GUILLERMO VISCARRA FABRE

CRIATURA del Alba

LAJAS

DUKE
UNIVERSITY

LIBRARY

BIBLIOTECA INTERNACIONAL
DE LA PAZ

Compuso las letras de la carátula el Dr. Néstor Orihuela M.

ELEGIA A UNA CRIATURA QUE VINO DEL ALBA

Guillermo Viscarra Fabre

Elegía a una Criatura que Vino del Alba

LAJAS

La Paz-Bolivia

(Derechos reservados del autor)

Imprentas Asociadas Soc. Ltda. Ingavi 311 La Paz—Bolivia

861.13
V822E

La Poesía deshace en nosotros todo el sistema de relación de la palabra con la vida.

Paul Valery

591539

A

LAURA Y LAURITA

591539

En la curva delgada de las noches herméticas,
escarbaré la tierra de mi corazón.
Me sitúo en el grito de parturientas tristes,
junto al resuello tibio de seres indefensos
para escarbar, como un buitre acongojado,
el hondo cielo de mi corazón.

Tú que vienes del fondo de mi voz en la niebla,
desprendida del alba,
con los brazos curvados como el aire,
y la boca de lirio y los ojos de arcángel incoloro,
no sabrás nunca de este petrificado amanecer.

Me tragó la montaña
como a un Jonás de desolado bronce,
y aquí estoy en su vientre desvelado
con el metal del aire en la garganta.

Yo no sé que anchos ídolos de inmóviles mandíbulas
miran desde mi sangre
tréboles enlutados y claveles de lágrimas.

No sé que "pasacalles" y "yaravíes" de América
se aprietan en los tubos de mis huesos insomnes.
Un olor de maizales molidos por los cascos
de asnos tristes y errantes,
un aroma de obscuros metales triturados,
un sabor en el aire de greda ensangrentada,
unos gritos de bronce de chatos campanarios
me golpean de dentro las sienes desveladas,

Tu que vienes del ancho litoral del ancestro
por una hidrografía de líquidos rubíes,
con los brazos curvados como el aire,
desprendida del húmedo follaje del alba,
no sabrás nunca de este petrificado amanecer.

Me tragó la montaña en solitario instante,
como a un Jonás de bronce desolado,
y hay un lloro de tierra, un son de ventarrones,
un rumor de volcanes que calcinan mis venas.

Lloro de tierra negra con jadeos de hombres,
con huesos y con lágrimas, con cabellos y sangre,
con atambores bárbaros y hogueras clamorosas
con negras procesiones y danzantes metálicos,
me perforan los ojos y agusanan mi lengua.

El rumor de herrería de las minas antiguas,
los cencerros y el cantollano de los arrieros,
los "kaluyos" de muerte de amarillos charangos,
los niños pisoteados por indómitas mulas,
la insurrección obscura del pedernal hermético,
los nazarenos lívidos, los sables y fusiles,
el látigo y los gritos que salen de la coca,
los egregios doctores que se nutren de guano,
han hecho un melancólico muladar de mis cielos.

RAINER MARIA RILKE

EL HOMBRE

DE LOS CAMPANARIOS

NUESTRO amigo es un arpa descarnada
envuelta en el polvo de viejos salmos.
Es ázimo y es blanco y recién molido.
Rainer María es una madera dulcísima
antigua y magra,
tiene a un ahorcado que se mece en su garganta
y un vino en sus palabras,
un vino — pequeño Julio — un viejo vino viajero
de hojas, de animales solitarios
y de monjas que arden lentamente.

Junto a las manzanas muertas y a la sombra
de retamas de la sangre,
junto a los senos verdes y a la cintura del aire,
sus manos lentas de liquen antiguo,
de esqueletos de pájaros,
picotean el arroz de las mejores palabras.

Yo no puedo, poeta, decirte cómo es
Rainer María Rilke, el hombre de los campanarios,
de las luciérnagas y de las barbas de hinojo.

Rainer María Rilke
ama las medusas de oro, las lentas tortugas moradas
que cargan el mundo por esas colinas abiertas
del aire, del agua, del fuego.

Rainer María Rilke con sus ángeles de azucena
atisbando a las adolescentes vegetales
que pasan su vida en el marco de las ventanas
con vista al mar y a las altas montañas.

Llegándose a las mujeres que pasan en actitud de algas
con los muslos de yodo y la mirada de islas solitarias;
dando una extremaunción de música
a los agonizantes de ojos de marchitos nomeolvides.
Parado, Rainer María en el hueco que dejan en el aire
las hojas que al otoño revuelan con los pájaros más tristes.

Parado junto al hilo de humo de su corazón
que estalla en uvas transparentes.
Parado en el marco de la puerta que da al transmundo,
como un retrato que toman los aviadores.

Yo no puedo, poeta, decirte cómo es
Rainer María, el hombre que deja huir por su rajado pecho
graves y viejos salmos, un llanto de hojas, un crecer de hombres.
¿Qué media noche lenta, qué niños enfermos, qué alma de árbol asesinado
se apoyan en su pecho, le llevan de la mano,
le derriban en mitad de los campos?
¿Qué calles ardorosas y olvidadas con gentes solitarias le transpasan?
¿Qué musgos desolados e infantiles, qué sangres vegetales,
qué violín de mendigo, le hacen el hueso de la sien más blanco,
el cabello más triste, la mano más alada y transparente?
¿Qué crepúsculo de oros y de lágrimas,
le queman su perfil de santo antiguo?

Yo no puedo, poeta, decirte cómo es
Rainer María, el nocturno y activo caminante
que lleva náufragos celestes, hallados en la noche,
en los vórtices del aire, en las calles del sueño.

Rainer María, el hombre del gabán avellana y el hongo abarquillado
que deja una estela de arcángeles al paso.
El pulcro ciudadano que lleva una estrella tibia en la solapa,
junto a las grises gentes que transitan.
El eterno perseguido por el Job y el Moisés que le salen de dentro.

El que murmura poemas para obscuros insectos solitarios,
el que prende luciérnagas y abre la garganta clara de las ranas.

¿Bajo qué farol sensible, en qué calle arrodillada
le conociste, joven poeta?

Rainer María, el casto, te ha regalado un trompo de música,
hazle bailar, amigo, al igual que a una cósmica criatura,
en el plato de sustancias vivas del aire. Hazle bailar, amigo.

EPITAFIO
PARA
EL
AMIGO
POETA

SOBRE el errante pulso de finos aguaceros,
por vagos arrecifes de viento y de neblina,
por entre un aire opaco de llanto y golondrina,
por un panteón ajado de mirtos y luceros.

Por ahí vas, amigo, con tu antifaz de huesos
con tu pecho rajado de jardín y de rosa,
con tu póstumo libro de grillo y mariposa,
vas por ahí, regando tus amarillos besos.

Tus ojos de profeta, anchos y solitarios,
tus gaviotas inmóviles y águilas de ceniza,
tus laureles de acero, tus acantos de brisa,
tus amadas de esbeltos marfiles funerarios....

Por ahí vas, amigo, con huellas de claveles,
con los dedos trenzados sobre tu lira muda.
Las ruinas de alabastro de tu carne desnuda
son cribas congeladas de los gusanos crueles.

MADRIGAL
DE
GARZA
Y
DE
MANZANA

COMO de doña Endrina, endrino pelo
con penumbra de fauno y de sirena,
frente que es nido dulce de azucena
y soltada gaviota por el cielo.

Al alba, amargo arcángel de rocío
que en rama de neblina se sustenta,
húmedo aroma de clavel y menta
en nacarado mandolín de río.

Vaso sellado, tibio recipiente
de azúcares y claros alabastros.
Pie de nardo que escribe dulces rastros
en la aterida piel de la serpiente.

Perfumada cintura de vihuela
que al aire lanza su ola de campana,
sombra de ave, sombra de manzana
tras un junco encendido de canela.

Yema de rosa, vara de corales
que mima el viento y que la tierra fragua,
escalinata de cristal del agua
que a los manzanos sube en madrigales.

Desdibujada imagen gongorina,
lucero en risco, ámbar en la playa,
y, al fin, perfil de Lidia la uruguaya,
que es manzana, paloma y golondrina.

EN ESTE PAIS
DE
PETRIFICADOS LLANTOS

En este país de petrificados llantos
en los que los huracanes baten sus negros bombos
y hay halcones clavados con las alas inmóviles
sobre el alto cristal del tormentoso cielo.
¿Quién eres tú, criatura de ojos anochecidos,
de espada rota, de sollozo roto, de alas quebradas,
de cabellos de náufrago?
La piedra que bruñe el sol, la que madura
bajo el dorado musgo y el liquen pálido,
suspiran por su antigua cintura en la que queda
el abrazo de fuego de las viejas tormentas.

Lejos está, en el fondo de la vaga estatura
de las rocas que sueñan, el bramar de los pumas,
los hielos que se rompen, la plata virgen
de las níveas campanas,
las voces de aguacero de los indios
y el viento que se lleva las culebras trenzadas
de cabelleras de princesas kollas.

En la miel transparente de un lenguaje de kenas,
de cumbre en cumbre tiende la mañana
puentes de leve bruma, lenta, cenicienta.
Un desterrado pájaro deja gotear su congelado canto,
como un rubí en el filo del pico de ónix.

Las rocas que fueron altas doncellas antiguas,
guerreros con sus cascos de ulalas y metales,
ágiles cazadores de vicuñas del aire
que despedían flechas de peces por el cielo,
duermen bajo la piel del roquedal lloroso.

Este es el país de los tesoros,
donde apretadas quedan las palabras
en vetas anchas de encendidos labios.

La retama salvaje del desierto
abre su quitasol de aroma pálido
sobre el bostezo de coral ardiente
del venado de niebla, soñoliento.
Ayer le perseguía la asechanza,
de cazadores cautos e invisibles,
las flechas que venían de las constelaciones.
Se la tragó el abismo a su hembra esbelta
de aladas patas y lascivos ojos.

Junto a los seres mudos que alientan en la piedra,
bajo el dombo celeste de estas altas montañas,
el agua está desnuda, milenaria,
con sus voces dormidas en sus guitarras verdes.

En los viejos caminos donde llueve
el lento hollín de las cerradas noches,
los pasos dejan huellas de aves y de corazones que viajan.
Hay horas que acumulan el impalpable azúcar
de los luceros y los menguantes incoloros,
allí apoya sus manos la muerte silenciosa y vagabunda
como en un viejo clave de "música callada".
Sólo el canto monjil de la lluvia en la arena
sube como los juncos en dulces letanías,
lamiendo el mirto amargo y las gramíneas.

Enciende el capulí su sangre indígena
en uvas de escarlata sacarina,
y asciende por sus ramas un aroma
de embalsamadas momias de arawikus.

NOMENCLATURA

DEL húmedo corazón de la sandía,
del hollín de la nutria y los murciélagos,
de la escarcha madura y de la lluvia,
de la flor del cerezo y la manzana,
del trébol, y del junco y de la mora,
de la nieve del Ande y del armiño,
del ojo del venado y la vicuña,
del celaje distante y la cereza,
del ñujcchu, y la kantuta, y el carámbano.

De la azul lagartija y la tortuga,
de los corales y las salamandras,
de la piedra y los ídolos dormidos,
del agua y el rupestre jeroglífico,
de la greda del monte y de la estrella,
del trigo rojo y de la harina leve,
del "sicuri" del viento y la madera
de la arena y la sal de los desiertos,
de la risa, y el ámbar y la uva,
del vino negro y la mujer de agua,
del grito, y la tortura y de la lágrima,
del cobrizo maíz y de la trilla,
de la ciudad de niebla y la calleja,
del aire, de la torre y la campana,
del tubo del hinojo, y del camino,
del anís, del limón y los tucanes.

Del mar en pie y de la felpa obscura
de la noche, y el niño solitario,
del bronce y de los sueños de las islas,
del arriero de plata y de los tambos,
de la naranja y del cristal del "huayño",
de la teja española y los betunes,
de la mina y el negro corazón de los indios,
de las acequias y los sauces claros,
del muñeco de trapo y los talleres,
de la loma, y el surco, y los caminos,
de los metales y las brujerías,
de la carne y la sangre, y de los huesos
nos viene este Luis Luksic en su carro
con grifos que coronan mariposas.

EL VIENTO
Y
LAS
NOVELAS

PARA el único que cierran sus portadas las novelas de las ciudades
es para el Viento.
Un viejo de marfil y una mujer violeta de anchos pies de leopardo
escriben las novelas de los pueblos y ciudades
y las cierran con la carátula de las puertas de tela de sepulcro
¡Cómo inclinan la frente colonial de sus portones
sobre el hombro del crepúsculo las novelas de mi pueblo!
Como María en el hombro de Efraín.
El viento con sus botas de azabache,
y su capa de añil y de mariposas,
y sus látigos blancos y sus manos de flores de manzana,
llega a las ciudades en su potro de agua,
como el contrabandista de antifaz de amapolas
a leer las novelas de las casas.
Novelas de terciopelo subterráneo de Fedor Dostoyewski,
novelas de carne de cantáridas y clérigos azules de James Joyce,
absurdas novelas policiales.
En este otoño de mariposas secas y caballos dormidos,
de monjas ardientes al dorso de las paredes,
el viento lee las novelas de mi pueblo.

CENIT
DE
JUAN CAPRILES

¿De qué roble preclaro de altas sienes,
de qué montaña de encendido hielo,
de qué laurel, de qué paloma vienes
con carne triste y marchitado cielo?

¿Qué raíz te alimenta sobre el suelo,
qué abejas rubias en los ojos tienes,
y en el arranque de encendido vuelo
en qué sutiles ramas te sostienes?

De la ciencia de amor de la paloma
y la arrogancia del laurel florido
brotó tu vida de cristal sensible,

por eso en bronce tu perfil asoma
venciendo las fronteras del olvido
coronado de mirto inmarcesible.

ILLIMANI

*E*N el aire florido y levantado,
rosal de luz, pareces sin raíces;
de tus cumbres de azúcares felices
sólo me mira un ángel desangrado.

Blanco en tu pura veste, ensimismado,
tienes las sienes dulcemente grises,
y de las torres de tus altos países
sólo me mira un ángel desvelado.

De piedra el flanco y la hopalanda de agua,
arde tu corazón como una fragua
enrojeciendo el vertical desierto.

Quién diera a mi tormento subterráneo
que horada las paredes de mi cráneo,
tu féretro polar cuando esté muerto.

EL SANTO DE LA ROSA

(Pintura de Pérez de Holguín)

SIN sueño el ojo al lado de la pena
y el corazón ardiendo en rojo leño,
quedóse sin la rosa y sin el sueño
mascando un pan de soledad y arena.

Cómo es al hambre el masticar la pena
siendo raíz y desgajado leño,
sin lágrimas el ojo que, sin sueño,
no es más que hueco pálido de arena.

Puede venir quien quiera por el viento
— paloma de alegría o sufrimiento —
al alma erguida y nunca temerosa.

Y nadie de este sueño le despierta
que más que sueño es un dolor alerta
sin el sueño siquiera y sin la rosa.

MANOS DE ESPUMA

DE nieve y de crepúsculo cansado,
de luz perfecta y de abstractas cosas
tienes las manos, de marchitas rosas
con leve sombra de gorrión soltado.

De claridades y clavel mojado
en filtro de cantáridas dichosas,
tus manos son, dos sombras venturosas
sobre mi pecho de coral anclado.

Bien pudieran tus manos candorosas,
en el arpa de lluvias temblorosas
golpear como dos pájaros perdidos,

o en noches de cadáveres de rosas
caer como vencidas mariposas
en anchos horizontes sorprendidos.

SOLEDADES ... SOLEDADES

I

INDOMITO corcel que se desboca
en el duro metal de la distancia.
Brusco retorno a mi llovida infancia.
Dios cincelado en pavorosa roca.

Horizonte que se abre y se disloca
en nacarinas rutas de inconstancia,
maravillosa y joven arrogancia
florecida en los ojos y en la boca.

Arco de la tormenta. Cóndor vago,

electrizado ámbito sonoro,

humilde florecilla de la grieta.

Obeliscos celestes que alza el lago,

serranía erigida en monstruo de oro

junto a la certidumbre del poeta.

II

Avispa a todas horas perseguida,
por su propia sustancia envenenada;
piedra que por la sombra fué lanzada
y por su mismo alcance detenida.

Muerte que de sí misma enamorada
se mira en todas partes repetida;
luz que se siente fría y consumida
por su propia ardentía devorada.

Violín de las avispas en el viento,

piedra, bajo la túnica del agua,

y muerte y luz en rama florecida;

obligado y constante acercamiento

al cráter fulgurante en donde fragua

sus laberintos lúcidos la vida.

III

Erguida sangre en salto de serpiente,
fino cilicio, árbol de martirio;
arranque detenido, humano cirio
retorcido en su propia luz ardiente.

Hondo lagar recóndito y candente,
vieja viña de ensueño y de delirio;
maravillosa juventud del lirio
bajo una tenue lluvia indiferente.

Húmedo trébol que en el pecho estruja
certidumbres obscuras de la suerte;
constelaciones, cielos cristalinos,

y, al fin, humilde y frígida cartuja
donde tejen las nieblas y la muerte
en el ancho telar de los destinos.

IV

Ciego rosal que en lo hondo reconstruye
el lejano escarlata del celaje.
Solitaria ansiedad, triste y salvaje,
que me convierte en luz y me destruye.

Fuego interior que asciende y se diluye
en misterioso y fúlgido tatuaje.
Víspera vagarosa del viaje
que se inicia en el punto en que concluye.

Inaudito naufragio pavoroso

alimentado por oculto ombligo

en un glauco arrecife del subsuelo.

Destrucción subterránea y sin reposo.

Homicidio sin arma ni testigo,

y, al fin, fantasma que se cuaja en hielo.

V

Lucero a un tiempo ardiente y aterido,
reflejado en mi pecho de diamante,
trino fugaz que en trémolo vibrante
me tornas en un ser desconocido.

Luz que me privas de vivir. Sentido
que estalla en rosa de fulgor errante.
Capullo fiel, verde laurel constante
en las sienes de nieve del olvido.

Trébol ardiente, aspa de molino
que pulveriza pétalos y estrellas
en un cielo sensible y constelado;

rizo de sol, sortija de aire, trino
que la garganta de cristal me huellas
y me dejas sin venas, desgarrado.

VI

Actividad distinta que culmina
más allá del olfato y del oído,
vitalidad e impulso detenido
por un hilo de sombra diamantina.

Lienzo de muerte, frígida cortina
que vela un mundo ignoto y sumergido,
súbito sueño y repentino olvido
bajo una luna negra y cristalina.

Hiperestesia lúbrica y sinuosa;

endurecida sangre diferente;

envenenados aires invisibles.

Mano que abierta y pálida reposa

sobre el lóbrego abismo subconsciente,

como una flor de pétalos movibles.

VII

Vida que en el crepúsculo se inclina
sobre un otoño de hoja madurada
a oir su propia voz encadenada,
herida por el aire, a la sordina.

Luz que me envuelve, tibia y serpentina,
vino del viento, luna encarcelada
en el cristal del cielo. Desolada
certeza que en las cosas predomina.

Panal bermejo, henchido en el otoño,
infancia transparente de un retoño,
cuya raíz asciende desde el sueño.

Encendidas y frágiles cadenas
que parece que vienen por mis venas
en peligroso y obstinado empeño.

VIII

Cielos de estaño. Arboles huídos,
aire cautivo en blancas humedades;
nieblas que se convierten en ciudades
de ríos hondamente entristecidos...

Voces y gestos desaparecidos
en anchas y dormidas vastedades,
acuáticas y azules soledades
donde se mecen muertos ateridos...

Crepuscularia alondra silenciosa
que entre la sombra pálida se posa
como la nieve cándida y desnuda.

Lazo vertiginoso que en el viento
estrangula la luz y el movimiento
y en obstinada sordidez se anuda.

IX

Vespertino mensaje que me aterra,
sombra delgada, lívido recelo.
Vara de sangre, convertida en hielo,
que en transparentes ángulos me cierra.

Pez de cristal que, en el dormido cielo,
en su agonía fúlgida se aferra,
ingenuo niño que desde la tierra
hala hacia abajo su invisible anzuelo.

Pájaro de crepúsculo y de aroma
que en el éter ondula y se estremece
en inaudito vuelo sin sentido.

Montaña que en la sombra se desploma,
fuego que se recoje y ensombrece
para extinguirse en bárbaro estallido.

X

Viento curvado en líquidos anillos,
vencida mies. Delito solitario;
releído horizonte milenario
por seres transparentes y sencillos.

Alfabeto de plata de los grillos,
agua dormida en límpido rosario;
luna nacida apenas, lampadario
que ilumina los campos amarillos.

Esperanza en las nubes proyectada
en bárbara y audaz arquitectura;
soledad infantil, sangre cobarde.

Puerta del horizonte, vigilada;
límpida soledad que me tritura
y que mezcla mi sangre con la tarde.

XI

Rosal del cielo, pétalos del aire,
júbilo que en los ámbitos se llena,
agua que al discurrir, como al desgaire,
juega con los celajes de mi pena.

Arboles afinados, luna llena,
gracia de los perfiles. Luz. Donaire;
prodigio que eslabona y encadena:
—bodas de la fragancia con el aire.

Montañas altas, blancas y tranquilas;

vuelo de las palomas intranquilas

que huyen a un palomar vago y distante.

Piedad maravillosa de la tarde,

que a la vida más pálida y cobarde,

le da un fulgor de joya coruscante...

XII

Negro mar que me cerca obscuramente.
Naufragio que en sus vórtices vislumbro.
Lóbregos litorales. Continente
perdido, que entre nébulas columbro.

Lámpara solitaria con que alumbro
un anfractuoso mundo subconsciente.
Cima de la tormenta en que me encumbro
para caer más hondo, fatalmente...

Médula de león que me alimenta,
como al mar ancho su amargor de menta
que sus honduras abismales baña.

Serenidad que fulge de repente
sobre la vasta cumbre de mi frente,
como un rayo de sol en la montaña.

XIII

Impenetrable máscara de hielo
que un soterraño fuego resquebraja;
recóndita inquietud, hondo recelo
que en nieve solitaria me amortaja.

Urgente pulsación que en el subsuelo
como un herrero bárbaro trabaja,
empujón ancestral y loco anhelo
que, como a un árbol ancho, me desgaja.

Esperanza viajera que, de pronto,
ilumina mi abismo en su tramonto
con fuego dulce y a la vez perverso:

—Job inconforme que se maravilla
cuando en sus manos, palpitando, brilla
como un lucero solitario el verso.—

POLIGONO
CELESTE

Para
Guillermo Francovich

Hombre, que obscuras torres te decoran;

montes de terciopelo de tus hombros.

Quemados bosques, cielos en escombros

que los divinos ojos te perforan.

Niños de escarcha que en tus venas lloran;

—torreones de marfil, hechos escombros—.

Cicatrices de plata de tus hombros

que los huesos y el alma te perforan.

Piel de nardo que cubre tus tobillos
donde apenas se ven los dulces grillos
de ese que hay en tí, esbelto detenido.

Ojo que en cierto instante, complaciente,
deja ver bajo un cielo indiferente,
un Dios, por su miseria engrandecido...

Ojos de vertiginosas dimensiones,
recuerdo de estelar arquitectura;
tallo de luz alzado en escultura
de medidas y puras proporciones.

Sangre celeste en finas vibraciones
al través de la piel de azul blancura,
arcangélica frente que fulgura
en cósmicas y claras extensiones.

Súbito vértigo, lívida neuralgia,
—paloma de crital de la nostalgia—
que se evidencia, dulce e imprecisa.

Rostro mudo de hierro invulnerable
que se muestra divino y adorable
a la luz celestial de la sonrisa.

Criatura diáfana, olvidada,
arcángel de celeste dinastía;
hombros en los que queda todavía
el ala luminosa y mutilada.

Rítmica y pura forma demostrada
en melodiosa y dulce geometría,
símbolo intraducible, alegoría
por una fuerza oculta congelada.

Criatura inaudita y arcangélica
cuya sombra satánica y colérica
le arrastra en torbellino vagabundo.

Criatura celeste, diferente,
condenada a caer eternamente
de un mundo a un hiperbólico trasmundo.

Campamento de los ángeles,

con el alba, con el alba.

Fogones de los luceros

que se apagan, que se apagan.

Filo cantar de aluminio

de los gallos, de los gallos.

Anca de la noche negra

que se pierde, que se pierde.

Caballo del arcoiris

que galopa que galopa,

dejando herrajes de luna

por el cielo, por el cielo.

Tallo dorado de lirio

que se inclina, que se inclina,

sobre el corazón hallado

que se mueve, que se mueve...

Aire dormido, incógnito, mirado
como un éxodo de pájaros de fuego;
antigua confesión y puro ruego
tras un muro de ensueños, confinado.

Angel que entre las nieblas fué cazado
y que discurre en las ciudades, ciego:
mar que en un verde y cálido sosiego,
ebrio de absintio duerme, encadenado.

Dardo que cambia rumbos diferentes,
lirio intranquilo, máscaras asiáticas,
cantárida de un metálico distinto.

Entre el oleaje espeso de las gentes,
quebrados huesos, cifras enigmáticas,
bajo el árbol bermejo del instinto.

Mano de nardo, cálida y piadosa
que luceros te dió para comida;
no podrás olvidar, y no lo olvida
tu alma de espectro, pálida y brumosa.

Su blancura tenaz y candorosa
sobre los huesos de tu sien ardida
no está borrada, menos escondida,
su blancura tenaz de dulce rosa.

Con el fuerte canino puntiagudo
que el cuello de la tórtola destroza
no se logra matar el dulce canto...

Por eso escuchas, solitario y mudo,
en la pesada noche temblorosa
algo..., como la música del llanto.

INDICE

Elegía a una criatura que vino del alba

Dedicatoria

Rainer María Rilke, el hombre de los campanarios

Epitafio para el amigo poeta

Madrigal de Garza y de Manzana

En este país de petrificados llantos

Nomenclatura

El viento y las novelas

Cenit de Juan Capriles

Illimani

El Santo de la rosa

Soledades... Soledades

Polígono celeste

Date Due

868.13 qV822E 591539
Viscarra Fabre
Elegía a una criatura que
vino del Alba.
DATE | ISSUED TO

868.13 qV822E 591539

DUKE UNIVERSITY LIBRARIES
Elegia a una criatura que vino
868.13 V822E
D90366971+